

24. Ved pues, hijos míos, á María sentada en el trono, y ved postrada al pié de este trono la inmensidad de la creacion en los cielos y en la tierra. Los Angeles la admiran como á su Reina; 1 los Patriarcas la desean como á su esperanza; 2 los Profetas la predicen como portadora de la salud y la gloria; 3 los Apóstoles caminan bajo su magisterio á evangelizar la paz y á evangelizar el bien; 4 los Mártires ponen la vista en su excelso trono, ántes que la garganta bajo la cuchilla del verdugo; 5 los Confesores la invocan á cada paso como la fuente de toda luz, y el tipo de toda virtud; 6 las Vírgenes colocan en el tiempo, bajo la cubierta de su misterioso tálamo, la delicada flor que han consagrado á Jesucristo; 7 en suma, todos los justos en la tierra y todos los santos en el cielo la llenan de bendiciones y alabanzas, y rinden el mas cumplido vasallaje á su soberanía con las mas vivas efusiones de su amor. 8

25. ¡Qué mas os diré? Nada, hijos míos: por mucho que yo dijese, me quedaria siempre muy abajo de mi asunto. ¡Ni qué podré yo decir, pobre mendigo, que de todo carezco, en elogio de la Reina! Nada, hijos míos, sino repetir á esta Inmaculada Criatura con el triple acento de la fe, la confianza y el amor, aquellas palabras del Angel, que son al mismo tiempo la excelencia de su gracia, el carácter de su grandeza y el título de su gloria: "Dios te salve María: llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre todas las mujeres." *Ave Maria, gratia plena; Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.*

1 Regina Angelorum.—2 Regina Patriarcarum.—3 Regina Prophetarum.—4 Regina Apostolorum.—5 Regina Martyrum.—6 Regina Confessorum.—7 Regina Virginum.—8 Regina Sanctorum omnium.



PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMASEXTA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO EN LAS ENTRAÑAS DE MARIA.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

El Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros.—*Joann. cap. I, v. 14.*

PREPARADA, como lo está con mis tres últimas instrucciones, la explicacion doctrinal sobre la Venida de nuestro Señor Jesucristo al mundo á desempeñar la mision de misericordia y salud que recibió de su Eterno Padre, para restituir á toda la humanidad á la vida de la gracia, puedo ya, hijos míos, dar principio á esta santísima y provechosisima enseñanza. Habéis visto al hombre salir de las manos de Dios perfecto, limpio, dichoso, poseedor de las gracias del cielo y de las riquezas de la tierra; favorecido con altísimos dones, exento de la corruptibilidad y dotado de una vida constante y perpetua: habéis visto igualmente cómo, cediendo á la tentacion que le puso ángel de las tinieblas, quebrantó el mandamiento de Dios, rompió su alianza con él, fué destituido de la gracia primitiva, decayó lastimosamente en su misma naturaleza, quedando su cuerpo sujeto al dolor y destinado á la muerte, su razon avasallada vilmente al apetito sensual, y todo él precipitado en los abismos de los vicios por el ímpetu feroz de las pasiones. Considerando tan lamentable estado en sí mismo y en sus relaciones con la esperanza, palpasteis en cierto modo la impotencia extrema y absoluta de la humanidad para reconciliarse con Dios, volver á la gracia y reconquistar sus derechos á la gloria; y

os persuadisteis en consecuencia que el remedio para tan inmenso mal solo podía venir directamente de Dios, motivado por su misericordia, ya sin exigir satisfaccion de ningún género, ya contentándose con una satisfaccion imperfecta, ya demandándola plena como lo estaba exigiendo su justicia. Visteis asimismo que Dios quiso perdonar al hombre, pero al mismo tiempo recibir una satisfaccion cumplida de su ofensa; y como tal satisfaccion debía tener un valor infinito, y en consecuencia era imposible que la diese la humanidad, debía tener un carácter de sacrificio, de lo cual no era capaz la Divinidad, á fin de que apareciese en el mundo una Persona que fuese Dios y hombre verdadero: hombre para padecer y morir, y Dios para que el sacrificio de esta pasion y muerte tuviese un valor infinito. Así lo declara nuestro catecismo en una de sus respuestas; pues preguntando: *¿Para qué se hizo Dios hombre?*, responde: *para poder morir por los hombres, y librarlos del pecado, y enseñarles con su vida y ejemplo el camino del cielo.*

2. No quiso Dios que pasase largo tiempo ignorado de la humanidad este designio suyo de reparacion y salud, y en consecuencia, tan luego como se dirigió á la serpiente para maldecirla, pronunció una palabra que debía servir al mismo tiempo de castigo al ángel tentador, y de plena esperanza y consuelo para la delincuente humanidad: anunció al demonio una enemistad entre él y los descendientes de la mujer, y predijo que del seno de la mujer había de salir la Destinada para quebrantar su cabeza. Esta primera promesa de un Redentor, su renovacion de tiempo en tiempo, sus figuras históricas y sus expresos anuncios forman el asunto del Antiguo Testamento, llenan el espacio de cuatro mil años y preparan la Venida del Mesías. Este contraste entre la prontitud del anuncio y el retardo de su cumplimiento es incontestablemente un arcano de Dios; mas discurriendo cuanto es dado en este punto, parece que Dios quiso poner cuatro mil años de por medio entre el primer anuncio y la Venida del Mesías, para que el incremento del dolor y la pena constantemente arrastrada por la estirpe delincuente, fuese haciendo mas y mas vivo el deseo de que se cumpliesen las promesas; para hacer sentir con estos preparativos inmensos y únicos en la historia de la grandeza, la dignidad infinita del Redentor del mundo; y tambien para que un periodo tan dilatado de profecías, instituciones preparatorias, emblemas lejanos, sacrificios figurativos, &c., &c., fuese un foco infinito de luz que mostrase en Jesucristo al Mesías verdadero, al Hijo de Dios, que se hizo Hombre para salvar al mundo.

3. Os hablé por lo mismo de las promesas, representaciones y anuncios de Jesucristo; y como estaba profetizado que había de nacer de una Virgen, concluí con hablaros de María, como del tabernáculo escogido y preparado para la Encarnacion del Verbo. Llegó, pues, este momento: el Angel del Señor se presenta delante de la escogida Criatura, la saluda con la veneracion consiguiente á su destino, la reconoce favorecida con la plenitud de la gracia, honrada con la compañía constante del Altísimo y elevada so-

bre toda la humanidad, no solamente por esto, sino tambien por la sublime categoria en que la colocan sus virtudes. No pudiendo cortar enteramente aquel coloquio, pues todo él era una prueba de las grandezas de María, me adelanté á los sucesos, hablé del consentimiento que dió para que se cumpliese la voluntad del Señor por medio de esta expresion: *Vé aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.* Pues bien: al decir esto, al declarar María su consentimiento, el gran misterio quedó consumado; el Verbo estaba ya revestido en su vientre de la naturaleza humana; un Dios Hombre existia ya en la tierra; y la Santísima Virgen de Nazaret era Madre de Dios. De esta manera se ve cómo el Verbo, que era ya en el principio, que estaba en Dios, que era Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, y sin el cual nada fué hecho de cuanto existe, destinado y prometido para salvar al mundo con su vida, su doctrina y su sacrificio, lo cual exigia el que se revistiese de la naturaleza humana, lo verificó así, bajando á la tierra, encarnando en las entrañas de la Virgen, y habitando en medio de nosotros, como se explica el Evangelista San Juan: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.*

4. ¿Pero cómo se realizó este gran prodigio? ¿Hasta qué punto concurrió la naturaleza, y dónde comenzó la obra exclusiva é inmediata de Dios? El símbolo de los apóstoles nos dice: "que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen." El símbolo de Nicea vierte con otras palabras el mismo concepto. "Descendió, de los cielos, dice hablando del Hijo: encarnó en la Virgen María por obra del Espíritu Santo." Por último, nuestro manual catecismo, preguntando: "¿Cómo se hizo hombre nuestro Señor Jesucristo?" declara el dogma católico de la Encarnacion con estas palabras: "En el vientre virginal de nuestra Señora la Virgen María, por obra del Espíritu Santo, quedando ella siempre Virgen y verdadera Madre de Dios." El dogma, pues, de la Encarnacion mira tanto á nuestro Señor Jesucristo, declarando como una verdad católica que el Verbo encarnó en las entrañas de María por obra del Espíritu Santo, y en consecuencia, es verdadero Dios y verdadero Hombre, cuanto á la Santísima Virgen María, enseñando que, habiendo encarnado en sus entrañas purísimas el Verbo, no por obra de varon sino por obra del Espíritu Santo, fué Madre de Dios, y lo fué sin dejar de ser Virgen: todo lo cual constituye un misterio que os debo explicar. Mas de este misterio se deducen varias consecuencias dogmáticas, que ha fijado la Santa Iglesia, y cuya exposicion doctrinal, por ser de suma importancia, no se debe omitir. Voi pues, hijos míos, á exponeros en primer lugar el fondo de este adorable misterio con las verdades que contiene, para lo cual me bastará explicaros el sagrado texto; y á mostraros en segundo sus consecuencias dogmáticas.

I.

5. Con decir, hermanos carísimos, que el Verbo se hizo hombre en las entrañas de María, sin el concurso de varon, está visto que la Encarnacion del Verbo es por sí misma uno de los misterios mas elevados é inaccesibles á la razon humana, un dogma esencialmente oscuro que sería una temeridad pretender sondear. Cuando he anuncia-

do pues una explicacion de este dogma, no he tenido mas objeto que daros acerca de él aquella doctrina que basta para mostrar en qué consiste, qué debemos creer y cual debe ser nuestro lenguaje al hablarse tan angusto misterio. Mas para que mi explicacion siga en todo al texto de la Santa Escritura, comenzaré refiriéndole todo en lo concerniente á este dogma.

6. Ya os dije cómo envió Dios al Arcángel Gabriel á Nazareth, ciudad de Galilea, á una Virgen desposada con cierto varon de la casa de David llamado *José*, y cuya Virgen tenia por nombre *María*; cómo habiendo entrado el Angel donde ella estaba, la dijo: "Dios te salve ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú entre todas las mujeres;" y cómo finalmente estas palabras encierran todos los dones y gracias con que Dios quiso favorecer y preparar á María para que fuese Madre del Redentor. Continuemos pues el relato de esta conferencia misteriosa. "Al oír tales palabras, dice San Lucas en el capítulo I, vv. 29 y siguientes hasta el 38 inclusive de su Evangelio, la Virgen se turbó y púsose á considerar qué significaría una tal salutación. Mas el Angel la dijo: "No temas, ¡oh María! porque has hallado gracia en los ojos de Dios: sábetete que has de concebir en tu seno y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre *Jesús*. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su Padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin." "Pero María dijo al Angel: "¿Cómo ha de ser eso, supuesto que yo no conozco varon?" El Angel en respuesta la dijo: "El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa lo San to que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y así tienes á tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido también un hijo; y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes: porque para Dios nada es imposible." Entonces dijo María. *Hé aquí la esclava del Señor: hégase en mí segun tu palabra.* Y en seguida el Angel se retiró de su presencia.

7. He aquí, amados hijos, lo que nos dice la Santa Escritura sobre la Encarnacion del Verbo Divino en las entrañas de María. Recorramos ahora con la consideracion sucesivamente los varios conceptos que aquí se van enunciando.

8. Lo primero que se ofrece á ella, es la sorpresa que aquella salutación habia causado á María. Sorprendióse la humildad profunda de aquella Virgen con unos elogios tan estupendos: sabia muy bien que todo lo dispone Dios con muy altos designios, y podía presumir que aquel saludo venia del mismo Dios y traía un objeto digno de su Majestad; mas como no habia declarado aún el Angel el verdadero objeto de su visita, no acertaba á saber cuál fuese, y por lo mismo se detuvo á examinar todo el contenido de aquella salutación misteriosa, ó para mejor decir, porque así debemos creerlo, guardó un repentinó silencio, poniendo toda su mente en el Señor, á fin de que la diese toda la luz necesaria para penetrar el sentido de lo que se la decia, y todo el acierto para conducirse conforme á su voluntad soberana. Atribuyen también los intérpretes aquella turbacion á la circunstancia de haber aparecido el Angel á María bajo una forma humana: porque, al propósito advierte San Ambrosio, cosa natural y propia es de las Virgenes la timidez en estos casos, sentir pavor á la llegada de los varones, y rece-

lar el conversar con ellos. Pero sea por este sentimiento natural de la modestia del sexo, sea porque se hubiese alarmado su humildad, ó bien porque temiese ser presa de una ilusion, ella sin duda recurrió á Dios en su silencio. Mas el Angel entónces, queriéndola sacar ya de aquella situacion, habla con toda claridad, manifestándola que trata un asunto esencialmente divino, y declarándole la mision que traía, de anunciarle que seria Madre de Dios: con lo primero quiere tranquilizarla, y por esto la dijo: *no temas, porque has hallado gracia delante de Dios*; con lo segundo quiere instruirla, y por esto la dijo: *Concebirás en tu seno, y parirás un Hijo, á quien pondrás por nombre JESUS*. Mas como todo esto podría suceder muy bien sin que se alterase para nada el orden de la naturaleza, necesitaba darle á conocer mejor el adorable fruto de su vientre, á este *Jesús*, á quien habia de concebir en su seno, y que habia de nacer de ella. Hé aquí por qué, no satisfecho con lo que acaba de decir, añade todavía: *Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor el trono de David su Padre: y reinará en la casa de Jacob por siempre: y su reino no tendrá fin.*

9. Esto bastaba por cierto para la plena tranquilidad y completa instruccion de María. Ella conocia sin duda las Sagradas Letras, meditaba en ellas de continuo, tenia en el mas alto grado la fe y la esperanza de un Redentor, y entendió sin duda en aquellas palabras: primero, que quien le hablaba era un Angel enviado de Dios, lo cual se confirma con que ya despues no le inspiró su presencia la mas leve turbacion; segundo, que traía un mensaje divino, y en consecuencia verdadero en todas sus partes, y digno de todo crédito y veneracion, y esto se confirma con la circunstancia de no haber dicho nada que indicase la menor duda sobre el contenido de aquellas palabras; tercero, que el que habia de nacer, no era un mero hombre, un rei como los otros, sino el Mesías prometido, el Redentor del mundo; pues las señas que daba el Angel eran el resumen de las promesas, las figuras y las profecias; cuarto, que ella era la escogida entre todas las hijas de Adán para ser la Madre del Mesías. Aquí pudo ya comprender aquella plenitud de gracia, aquella compañía constante del Señor, cómo era bendita entre todas las mujeres, y lo que significaban aquellas palabras: *habéis hallado gracia en el Señor*: en fin, cuanto era necesario para saber el destino que le habia dado el Señor en los planes eternos de su misericordia para con los hombres. Mas la Virgen María queria ser ilustrada mas todavía: no satisfecha con lo que pudiera llamarse histórico y moral, deseaba penetrar hasta donde fuese posible en el fondo del acontecimiento. Mas no imaginéis que María se hubiese movido á esto por una simple curiosidad ó deseo de saber, no: ella tenia un grave motivo moral que causaba su inquietud: era Virgen y habia ofrecido serlo siempre, como nos lo enseña una tradicion muy antigua. Por esto replicó inmediatamente al Angel: "¿Cómo ha de ser esto, supuesto que no conozco varon?" *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* Detengámonos, amados hijos, á considerar un tanto estas palabras de María; porque ellas dicen mas de lo que expresan, y envuelven de parte del Señor un intento que caminaba mas lejos que el suyo.

10. Predicho estaba, y esto habria podido ella saberlo, que la Madre del Mesías lo seria sin dejar de ser virgen; y aun el Arcángel se sirvió de las mismas palabras del Profeta Isaías en el capítulo VII, v. 14, donde dice: "Hé aquí que una Virgen conce-

birá y parirá un hijo." ¿Cómo pues pudo turbarse, habiéndola sido tan fácil entender que todo había de suceder sin mengua de su virginidad? Si me es permitido, hijos míos, penetrar hasta este punto, os diré, que yo encuentro tres razones principales para esta sorpresa de María, y esta duda que manifestó al Angel. La primera es declarar la consagración que tenía hecha ella de su virginidad al Señor, su fidelidad en cumplir este voto y su intención de no quebrantarle jamas. La segunda, servir á todos de una luz plena para que conociesen la excelencia de la virginidad, y á las vírgenes de un ejemplo del cielo con que debían guardar á toda costa una tan preciosa virtud. ¿Podía nunca, hijos míos, ofrecerse al alma una cosa mas elevada, mas digna, mas grande, mas gloriosa, que lo que proponía el Angel á María, siendo nada ménos que llegar á ser Madre de Dios? ¿Por qué pues se detiene! ¿por qué vacila! ¿por qué duda! ¿por qué no se apresura á pronunciar un *fiat*? No parece sino que zelaba mas de su fidelidad á lo que una vez había prometido, de su empeño en cumplir exactísimamente la Lei de Dios, que cuanto podría interesarla el anuncio de su Divina Maternidad. No parece sino que María profetizaba lo que treinta y tres años despues cumplió Jesucristo, y se mostraba maestra por excelencia de la doctrina, dando al mundo una lección que hasta entónces no había escuchado. ¿Sabéis, hijos míos, á lo que ahora me estoy refiriendo! ¿comprendéis mi alusion? Recordad lo que el Divino Maestro respondió á aquella mujer del pueblo, cuando conmovida por las lecciones de sabiduría eterna que salían de sus labios, dijo: "Bienaventurado el vientre que te portó y los pechos que te alimentaron." ¿Qué respondió Jesucristo? *Disaventurados los que oyen y guardan la palabra de Dios.* Ved aquí el lugar que ocupan en la cuestion de la felicidad, que es la de nuestro último fin, la Maternidad divina y la fidelidad en cumplir la Lei del Señor. Y no quiere decir esto que el privilegio nobilísimo de María en su calidad de Madre de Dios la hubiese de igualar indistintamente con todos los justos, sino que la Lei es el blanco y fin de todo, y en consecuencia que María, para llegar á tan alta dignidad, tuvo ántes todas las excelencias de la justicia, todas las gracias de la inocencia, todos los méritos de la virtud, y que ántes de concebir á Cristo en su vientre había concebido su palabra en su corazón. Ved pues aquí el primer motivo de la sorpresa de la Santísima Virgen, explicada su conducta con las palabras de Jesucristo, é indicado un misterio de doctrina para todos los hombres.

11. La tercera reflexion que me ocurre con motivo del embarazo y reserva de María, es esta. Como ella estaba desposada con José cuando se la hubo anunciado el misterio de la Encarnacion, era muy conveniente que hiciese de su parte una explicación clara con que destruyese cualesquiera inducciones que se quisiesen formar en vista de su estado. En efecto, siendo casada y no presuponiendo tal estado la virginidad, era necesaria una declaración de la misma persona, para saber que era Virgen y al mismo tiempo casada. María la hizo al Angel en la ocasion mas solemne, del modo mas explícito y con el mas elevado fin, es decir: cuando se le anunciaba que iba á ser Madre de Dios, y para manifestar, no solo que era vírgen, sino que en su intento nunca dejaría de serlo, le respondió: *¿Cómo ha de ser esto, cuando no conozco varon?* Luego José aunque verdadero Esposo de María, guardaba como su consorte la virginidad, y nunca

tuvo el intento de fecundar la naturaleza. Luego María jamas debió dejar de ser vírgen; porque decidme: si no es esto lo que daba á entender con sus palabras, ¿no serian ellas excusadas de todo punto, por no decir otra cosa? Lo que le anunciaba el Angel era un suceso futuro: si pues este *no conozco varon* abrazaba únicamente lo presente y lo pasado, aquello no habría tenido objeto; todas las vírgenes que se casan pueden decir como María, "no conozco varon;" mas nunca fundarse en esto para suponer dificultad ninguna en ser madres. Luego María estaba refiriéndose á lo futuro, y hablaba de una virginidad espontáneamente prometida, constantemente guardada y que jamas dejaría de existir.

12. Gabriel entónces la da una respuesta que hace desaparecer la incertidumbre de María, no sobre el suceso mismo, al cual daba crédito, sino sobre el modo de verificarse. "El Angel *pues* respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por esto *lo Santo* que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios." María fué con estas palabras plenamente instruida sobre el gran misterio que en ella misma se iba á cumplir: no faltaba mas que su consentimiento. ¡Admirable conducta de la Divinidad! Todo lo puede; y sin embargo aquí hace depender la ejecución de sus designios, el cumplimiento de sus promesas, la realización del plan que tenía concebido para salvar al mundo, de la annuncia simple, libre y espontánea de una de sus criaturas, de una Virgen retirada y humilde. Cuarenta siglos de promesas, representaciones, anuncios, emblemas, expectativa universal, ardentísimos deseos, inflamadas esperanzas, elevadísimos sentimientos, están pendientes de que esta Virgen, en el momento que ahora contemplamos, despliegue sus labios purísimos y pronuncie un *fiat*: el mundo *sentado* como el Profeta decía, *en las tinieblas y á las sombras de la muerte*, no tenía mas esperanza de luz y de vida que el desenlace de esta escena misteriosa. Dios lo había hecho todo de su parte; prometer al Redentor, consintiendo en que lo fuese nada ménos que su Hijo Unigénito; enviar por delante siglos, personajes, héroes, monarcas, instituciones, todo profético; nombrar uno de los Príncipes celestiales que asisten á su Trono, para proponer su voluntad á la tierna Virgen de Nazaret; dar á esta Legacion angélica un carácter espléndido, magnífico, sublime, fúco, digámoslo así, en la historia del ministerio de aquellos espíritus. Mas todo esto, aunque muy suficiente para inundar de luz el espíritu de María, exaltarle á la vista de la magnificencia de sus destinos, y decidirla para aceptar el título divino con que se la brindaba, nada tenía por otra parte de apremiante ni violento: quiso Dios que aquella Virgen tuviese cuanto era necesario para dar un gran peso á su consentimiento; luz, voluntad, deliberación, libertad plena. Por esto ese diálogo admirablemente misterioso y profundamente significativo que sostiene con Gabriel con una dignidad que sobrepuja á la imaginación, al discurso, al sentimiento y á la palabra. Vedla, hijos míos: la primera vista de un ser que aparece bajo una forma humana, la ínfimida y sobresalta; los elogios que escucha, introducen serias dudas para su humildad y modestia; aquella salutación la parece absolutamente extraña. Mas el Angel interrumpe su silencio; habla, y María comprende que tiene á la vista un habitante del cielo; y este descubrimiento, que en casos semejantes había rendido á la pobre naturaleza, penetrado de un santo ter-

ror á Daniel, Tobías y al Padre del Bautista, es precisamente lo que á la tierna Virgen la tranquiliza. Nunca mas calmada y segura que con un celestial interlocutor: concierbase perfectamente bien toda en aquella situación: toma el lugar que la es propia, y su lenguaje y ademán es tan digno, que sería imposible atinar cuál de aquellas dos personas era el Angel, si Gabriel ó María: la libertad de aquella Virgen no podía estar mejor garantida, ni mas claramente manifiesta. Mas no nos defendamos aquí: acaba de escuchar una revelacion divina, pues que se le hacia de parte de Dios; eminentemente comprensiva, pues que abrazaba la historia religiosa y civil del pueblo escogido, de quien descendia ella; esencialmente grande, pues que se trataba nada ménos que de la aparicion en el mundo del *Descuido de las naciones*, del *Príncipe del futuro siglo*, del *Padre de la eternidad*, de la *Luz divina del mundo*, del *Gran Libertador*, de *Aquel* á quien los Profetas habian anunciado con una magnificencia verdaderamente divina. Sin embargo, como Dios quisiese poner la libertad de María á las mas grandes pruebas, permitió que tanta luz, tanta grandeza, tanta gloria ni la causaran sorpresa, ni la dominasen, ni embarazasen tampoco el curso natural de su pensamiento. Todavía con esto no se resuelve la Virgen; y con una tranquilidad sublime quiere que se la manifieste cómo podrá ser Madre, aunque de Dios, cuando precisamente le tiene consagrada su virginidad: *¡Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco!* El ángel entónces procede á explicarla este cómo, segun acabáis de oír; y esta explicacion que dió á María toda la luz que buscaba, bastó para que, abriendo sus labios, pronunciase la palabra salvadora, la palabra de los cielos y la tierra, de la eternidad y el tiempo, de la Divinidad y la Humanidad; la palabra que Dios quiso reservar á María, y cuyos efectos mil veces mas prodigiosos que los del primer *fiat* productor de los mundos, abruma ciertamente toda el alma con la angusta magestad del misterio: habla María, y Dios ve consumada su obra, y el Verbo revestido de nuestra naturaleza reside ya en el mundo, y la humanidad, tendida como un cadáver inmenso en la corriente de los siglos, vuelve otra vez á la vida: la inteligencia recobra su antiguo poder; la libertad recobra su regla; la humanidad vuelve á la pureza de los caminos, que habia corrompido por la carne, recibe una purificacion inmensa y adquiere un rango infinitamente mas elevado que el primero: efecto sublime del consentimiento de María, éxito venturosísimo de la mision de Gabriel! Tan luego pues, como María pronuncia su palabra de consentimiento, el enviado de Dios se retira, y no ya porque hubiese terminado su mision, sino porque aquella misteriosa palabra de la Virgen de Nazaret era la señal infalible de que el Verbo de Dios hacia su entrada en el mundo.

13. Hecha esta exposicion del texto sagrado, poco tengo que añadir, hijos míos, para explicaros en todas sus partes el dogma de la Encarnacion del Verbo en las entrañas de María. Sin salir de las palabras del Angel, puedo exponeros toda la doctrina de este gran misterio. En primer lugar: el último concepto vertido por el Arcángel San Gabriel, aquel que dió á María cuantas explicaciones deseaba, manifiesta desde luego que toda la Trinidad concurrió á la Encarnacion del Verbo: pues la mencion que aquí se hace de las tres Divinas Personas, es tan explícita, tan característica como sublime. La Persona del Padre aparece con el título mas angustoso, con el título de *Altísimo*, con

la accion mas fecunda y magestosa: *La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*. La Persona del Espíritu Santo está designada con su propio nombre: *El Espíritu Santo vendrá sobre tí*. La Persona del Hijo aparece nombrada con una expresion indefinida, de significado inmenso, como el fruto de aquel misterio: *Lo Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios*. Ved pues aquí, en primer lugar la concurrencia de las tres Divinas Personas; en segundo el diverso carácter con que cada una concurre, y en tercero las misiones respectivas que nunca deben confundirse.

14. ¿Cuál es pues el dogma en este punto? Todas las operaciones exteriores de Dios son obra de las tres Divinas Personas: la Encarnacion del Verbo es una de estas operaciones exteriores de la Divinidad: luego concurrió á ella ciertamente el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Mas como no deben confundirse nunca las misiones de las Divinas Personas, es claro que solo el Hijo encarnó, y no el Padre ni el Espíritu Santo, y que el Padre envió al Hijo á que encarnase. Finalmente, como hai cosas que, sin embargo de ser comunes de la Trinidad, se atribuyen de un modo especial á las Personas; aunque concurrió toda la Trinidad á la Encarnacion, ésta sin embargo se dice obra del Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque la Encarnacion es obra de amor, y el amor se atribuye al Espíritu Santo.

15. Pasando al hecho mismo, esto es, á lo que encarnó en el vientre de María, el Angel nos dice dos palabras que abrazan todo el dogma: *Lo Santo, que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios*. ¿Qué se sigue de aquí, amados hijos! Dos cosas precisamente: primera, que habia de nacer de María una Persona, y en consecuencia que esta Persona sería *verdadero Hombre*, porque todo el que nace del seno de la mujer es verdadero hombre; segunda, que el que habia de nacer de María sería llamado *Hijo de Dios*, y en consecuencia es verdadero Dios. Notad, hijos míos, la fuerza de esta palabra del Angel: *será llamado*. ¿Por qué usó de ella el Angel, y no dijo mas bien simple y sencillamente: "será Hijo de Dios"? Porque hubiera sido esto suponer que entónces no era, siendo así que el Verbo era desde el principio, estaba con Dios, era Dios, "Dios era el Verbo, como se explica el Evangelista San Juan; y que aquella generacion divina anterior y superior á toda lengua, no es para referirse por ninguno de los hombres, como se explica Isaías. No se trataba entónces, hermanos carísimos, de que el Hijo de María fuese Dios, no: esto ya era, fué, será siempre; porque el Hijo es Dios, y Dios es Eterno. ¿De qué se trataba pues? De que el Hijo de Dios fuera hombre; cosa que no sucedia todavía entónces; que era un verdadero futuro: por esto el Angel, hablando de la humanidad, usa de la proposicion absoluta y sencilla, enuncia un futuro que no es, pero será; dice: *Lo que nacerá de tí*. ¿Qué importaba pues para los designios del Altísimo en este punto? Que la fe del Mesías se propagase interior y exteriormente; que toda inteligencia reconociese y toda lengua proclamase al Hijo de María como un verdadero Dios. Por esto el Angel dice que El que de ella nacerá, será llamado Hijo de Dios, esto es: que aunque verdadero Hombre, todos lo reconocieran con la luz divina de la fe, como al Unigénito del Padre; que la Encarnacion del Verbo sería la fe del Universo; que el culto del Verbo encarnado sería la religion en su plenitud. Por esto, cuando el Príncipe de los apóstoles, lleno de la ciencia que baja de lo alto, dijo al

Salvador: "Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo," el Salvador confirmó, caracterizó y recompensó su fe con estas palabras: "Bienaventurado eres Simon, pues lo que acabas de decir, te lo ha revelado, no la carne ni la sangre, sino mi Padre mismo, que está en los cielos."

16. Así es, hijos míos, como el Angel del Señor previno proféticamente el Símbolo católico, dejando ver en su lenguaje todo el fondo de este misterio, no solo respecto de toda la Trinidad, sino también particularmente de Jesucristo. Jesucristo es verdadero Dios, "porque es natural Hijo de Dios vivo," como dice nuestro catecismo; Jesucristo es verdadero Dios, porque como tal fué manifestado á los hombres por el Padre, por sí mismo, por el Espíritu Santo, por los profetas, por los apóstoles, por los mismos enemigos de su reino convertidos por su Cruz. Por esto, fué y es, y será siempre llamado *Hijo de Dios*, como lo predijo el Angel, y al nombre de Jesus, verdadero Dios y Hombre, se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos. No me detengo mas á probar la divinidad y humanidad de Jesucristo, por haber dicho ya lo bastante sobre ambas naturalezas en algunas de mis precedentes instrucciones, especialmente la tercera, cuarta y decimasexta, entre las preliminares. Mas, cómo se hallan unidas estas dos naturalezas en la Persona de Cristo, y qué consecuencias dogmáticas deben inferirse de tal union; he aquí lo que me propongo explicaros en el segundo punto.

II.

17. Aunque hai, hijos míos, en Jesucristo dos naturalezas, conviene á saber la divina, por ser verdadero Dios, y la humana, por ser verdadero hombre, no por esto hai dos personas, sino solo una Persona, un solo Jesucristo, un solo Hijo de Dios, un solo Hijo de María. Sin duda alguna, que es perfecto Dios y perfecto hombre, pues tiene el ser del primero y la naturaleza del segundo; que como Dios, tiene cuanto constituye la esencia de la Divinidad, segun lo tengo ya explicado, y como hombre, tiene cuanto constituye la esencia de la humanidad, es decir, un cuerpo organizado y una alma racional unida á este cuerpo; que como Dios, es igual al Padre, y como Hombre menor que el Padre; mas no por esto hai dos personas en él, sino solo una, como lo explica el símbolo de San Atanasio, porque tal es el dogma católico. "Este dogma se halla consignado en las Santas Escrituras y terminantemente definido por la Iglesia en sus concilios ecuménicos, principalmente en el de Efeso, que aprobó los anatemas de San Cirilo, entre los cuales se halla el siguiente: "Si alguno rehusa confesar que el Verbo de Dios Padre está unido á la carne por union hipostática, y que es uno solo Cristo, al mismo tiempo Dios y Hombre, sea anatema." Finalmente, así lo han sostenido siempre los Padres de la Iglesia y todos los teólogos católicos.

18. "Mas esta union de naturalezas en la Persona única del Verbo, léjos de traer consigo alguna confusion, las conserva perfectamente distintas la una de la otra. Podria yo citaros en apoyo de esto una multitud de textos de la Escritura; pero ciñéndome á lo preciso, me contentaré con dos, que bastan á mi propósito. En una ocasion dijo nuestro

Señor Jesucristo: *Yo y mi Padre no somos mas que una sola sustancia;*¹ y en otra se explicó de esta manera: *Mi Padre es mas grande que yo.*² Notad cómo el *yo* está usado dos veces en un sentido contradictorio; y esta contradiccion clara es que no desapareceria, si la union hipostática de la Divinidad con la humanidad en la Persona única del Verbo fuese tal, que no pudieran distinguirse íntegra y totalmente en ella las dos naturalezas de Jesucristo. En el primer *yo* no puede faltar un ápice á la naturaleza divina, porque esto solo bastaria para que Jesucristo no hubiera podido decir que era igual á su Padre. En el segundo *yo* ni puede entenderse comprendida la naturaleza divina, pues con esto bastaria para que Jesucristo no hubiera podido considerarse menor que su Padre; ni suponerse trunca la naturaleza humana, porque si hablase, por ejemplo, del cuerpo de Jesucristo, sin suponerse animado por sustancia ninguna espiritual, el *yo* era una palabra sin idea, puesto que el *yo* es la palabra del alma, el representante de la humana existencia; no la produccion de la materia, sino el hijo del espíritu.

19. "Demostrado pues, que Jesucristo es Dios y hombre verdadero, que como hombre verdadero, está hipostáticamente unido á Dios en la Persona del Verbo, y que sin embargo de esta union hipostática, de que no resulta sino una sola persona, se conservan y distinguen perfectamente en Jesucristo sus dos naturalezas, solo me resta establecer las consecuencias dogmáticas de este angusto misterio."

20. Estas consecuencias se refieren, hijos míos, unas á la distincion real de sus dos naturalezas, y otras á la union hipostática de estas en la Persona del Verbo divino.

21. "Existiendo en Jesucristo la naturaleza humana, estuvo por este solo hecho dotado de todas las facultades activas y pasivas del hombre en el estado de mayor perfeccion moral: es decir, que pudo pensar como hombre y sentir como hombre; pero no pecar, porque este es atributo del hombre degenerado. En consecuencia, su cuerpo estaba sujeto á los dolores y á las enfermedades de la naturaleza humana, y su alma, dotada de todas las facultades y susceptible de todos los sentimientos, gozaba de una plena libertad y obraba segun ella.

22. "Para justificar estas consecuencias, que se refieren á la humanidad de Jesucristo, basta recorrer algunos pasajes de la Escritura Santa. Isaias, vivamente inspirado por el espíritu profético, anuncia menudamente muchas circunstancias principalísimas de la Pasion de Jesucristo, á quien llama el *hombre de dolores*, que conoce por experiencia propia las enfermedades de la naturaleza humana.³ Esta y las otras profecías concernientes á la Pasion y muerte de Jesucristo tuvieron su mas exacto cumplimiento, como lo prueba el Evangelio. No podemos dar un paso en esta santa lectura, sin hallar nuevas pruebas de esta pasibilidad que sometió el cuerpo y alma de Jesucristo á todas las aflicciones, amarguras, tormentos y dolores de la naturaleza humana. No me detendré sin embargo en este punto, por ser de la mas alta notoriedad para todo cristiano la historia dolorosa de Jesus.

1 Joann. cap. X. v. 3.

2 Ibid. cap. 14, v. 28.

3 Isaias cap. LIII, v. 3.

23. "No está ménos comprobado en las Santas Escrituras que Jesucristo tenia una verdadera alma humana, y que ésta gozaba de una plena libertad. *No abandonéis mi alma en el sepulcro*, decía proféticamente David, ¹ y esta profecía se refiere á Jesucristo, como lo enseña terminantemente San Pedro. ² *Yo doí mi alma por mis ovejas*, dijo el mismo Jesucristo: ³ y en otro lugar se explicaba de esta suerte: *Yo dejo mi alma, para volverla luego á tomar*. ⁴

24. "Si de aquí pasamos á los sentimientos, hallaremos en San Márcos, que Jesucristo padeció el temor y el pesar. ⁵ *Mi alma está triste hasta la muerte*, ⁶ dijo en el huerto de Getsemani, así como habia dicho en el Cenáculo, para indicar á sus discípulos la satisfaccion pura que experimentaba por lo que habia dado motivo á aquella reunion: *Yo he deseado con deseo vivo comer esta pascua con vosotros*. ⁷

25. "En cuanto á la libertad que disfrutaba el alma de Jesucristo, basta recordar aquel pasaje profético donde leemos que Jesucristo se ofreció como víctima, porque lo quiso así. ⁸ El mismo Jesucristo tuvo cuidado muy especial de inculcar á sus discípulos la plenísima libertad con que se sujetaba á la muerte. Acabáis de ver que les dijo que dejaba su alma para volverla luego á tomar; pues bien, todavía no satisfecho con esto, añadió, como leemos en el cap. X, v. 18 de San Juan: *Nadie me la arranca, sino que yo la doí de mi propia voluntad; y soi dueño de darla y dueño de recobrarla*.

26. Excusado me parece, hijos míos, extender mis reflexiones á la naturaleza divina: porque existiendo ésta íntegra y perfecta en Jesucristo por ser verdadero Dios, clarísimo es que todo cuanto corresponde á Dios en cuanto Dios, corresponde á Jesucristo, y en consecuencia todo lo que os tengo explicado en mis precedentes instrucciones, principalmente al hablar del misterio de la Santísima Trinidad, acerca del Hijo, admite aquí su aplicacion, y es muy fácil hacerla. Baste pues lo dicho acerca de las consecuencias que nacen de la distincion real de las dos naturalezas que hai en Jesucristo.

27. "Si de aquí pasamos, hijos míos, á considerar atentamente "la union hipostática de la humanidad con la Divinidad en la Persona única del Verbo, debemos reconocer, como otras tantas consecuencias dogmáticas; primero, que hai en Jesucristo dos voluntades y dos operaciones; segundo, que es necesario admitir una comunicacion de idiomas, esto es; aplicar *in concreto* á la Divinidad lo que se dice de la humanidad de Jesucristo; tercero, que hablando en abstracto, ó en particular, de alguna de sus dos naturalezas, no es admisible tal comunicacion, sino que solo debe aplicarse á cada una lo que esencialmente la corresponda; cuarto, que María es Madre de Dios; quinto, que Jesucristo en cuanto hombre, es hijo de Dios por naturaleza; sexto, que la humanidad

¹ Ps. XV, v. 10.

² Act. cap. II, vv. 25, 26, et 27.

³ Joann. cap. X, v. 15.

⁴ *Ibid.* v. 17.

⁵ Marc. cap. XIV, v. 33.

⁶ Math. cap. XXVI, v. 38.

⁷ Luc. cap. XXII, v. 15.

⁸ Isaías. cap. LIII, v. 7.

de Jesucristo debe recibir las mismas adoraciones que el Verbo. Procuraré explicar brevisísimamente estas seis consecuencias.

28. He dicho, en primer lugar que hai en Jesucristo dos voluntades y dos operaciones: porque Dios tiene voluntad, el hombre tiene voluntad, y toda voluntad obra: luego si Jesucristo es perfecto Dios, tiene forzosamente voluntad y operacion divina; si Jesucristo es hombre, tiene forzosamente voluntad y operacion humana. El mismo Jesucristo hacia esta distincion: pues cuando dijo, según leemos en San Juan: (VI, 38) "Yo he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado," manifestó claramente que tenia una voluntad humana, distinta y diversa de la voluntad divina. Cuando en la Oracion del Huerto, después de haber pedido á su Padre, que si fuese posible, no le hiciese beber aquel amargo caliz, se retrajo inmediatamente diciendo: "Pero no; no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú;" (XXXVI, 39) bastante dió á conocer la existencia, distincion y diversidad de las dos operaciones que habia en él; pues aquel habla de la humana y la refiere á él, y puesto que es verdadero Dios, supone que tiene la voluntad y operacion divinas.

29. Mas como estas dos naturalezas están unidas de manera que no hai mas que una persona; como son naturalezas de la Persona y esta Persona es divina, pues la razon de persona se toma de la circunstancia de que un ser no esté unido á naturaleza mas perfecta; clarísimo es que la Humanidad en Jesucristo, no es persona como humanidad, pues está unida á la naturaleza perfectísima de Dios; y como esta naturaleza no tiene sobre sí cosa mayor ni mas perfecta, ella constituye la persona, y en consecuencia Jesucristo es la Persona segunda de la Santísima Trinidad hecha hombre. Por esto el símbolo de San Atanasio nos explica este augusto misterio, esta sola personalidad que hai en Cristo, diciendo: "que es un solo Cristo, una sola Persona, no porque la Divinidad se hubiese convertido en carne, sino porque hubo tomado la humanidad para sí: no porque tal misterio importase una confusion de sustancia, sino por la unidad de la Persona." Esto quiere decir, hijos míos, que la distincion de naturalezas no perjudica en nada la unidad de la sustancia y de la Persona: que están unidas con tal estrechez, que no constituyen dos seres, sino uno solo; dos personas, sino una sola, y una persona que, como no es solo Dios ni solo hombre, sino todo junto, Dios y hombre, puede muy bien atribuirse á ella cualquiera de las operaciones de las dos naturalezas de Jesucristo sin inconveniente ninguno, con tal que, al explicarnos, lo hagamos con la debida exactitud, sin dar lugar á que se oscurezca la doctrina de este misterio. Esto es lo que llaman los teólogos *comunicacion de idiomas*, es decir: el hecho de aplicar á la naturaleza divina lo que es propio y peculiar de la humana, tratándose de nuestro Señor Jesucristo, por ser solo una la persona, y recaer sobre ella lo que se dice de cuanto hai en ella. Sin duda alguna que el padecer y morir no es cosa que quepa en Dios, porque Dios es impassible, Dios es esencialmente inmortal, en Dios no cabe nada de esto; pero sin embargo, tratándose de la Pasion y muerte de Jesucristo, decimos que Dios padeció y murió, con lo cual damos á entender, no que la Divinidad padeciese y muriese, sino que quien padeció y murió era, no solamente Hombre, sino al mismo tiempo Dios.

30. Esta union hipostática, hijos míos, da cierto carácter propio á la naturaleza hu-

mana en la Persona de Jesucristo Señor nuestro, y es lo que voi á explicar. La naturaleza que hai en Jesucristo es la misma que hai en el hombre; mas no está en Jesucristo lo mismo que está en el hombre; no es en Jesucristo lo que es en el hombre, absolutamente hablando. En el hombre la naturaleza humana se resiente de los vicios consiguientes al pecado de Adán, y esa lucha entre la carne y el espíritu, esa propension al mal, ese funesto poder de cometerle, son la carga que llevamos todos los hijos de Adán. Mas en Jesucristo esta naturaleza conservó sus cualidades pasibles para el dolor y la muerte, porque así era necesario para el objeto de la Encarnación; mas no retuvo nada de lo que importa debilidad, vicio ó imperfección moral: así es que, ni aun por la comunicacion de idiomas puede ni debe decirse jamas todo lo que se dice de la humanidad como está en el hombre; y en consecuencia, no se puede ni debe decir que Jesucristo es falible y pecable; pues tomando el Verbo para sí la naturaleza humana, esta se purificó, engrandeció, renovó, y en cierta manera se divinizó en consecuencia de tan augusto misterio.

31. La cuarta consecuencia de la union hipostática de la humanidad con la Divinidad en la Persona única del Verbo, se refiere, como he dicho, á la Maternidad divina. En efecto: si la humanidad de Jesucristo no existe aislada, sino en la Persona del Verbo, como ya lo he demostrado, es claro que María concibió no simplemente á un hombre, sino al Hijo de Dios revestido de un cuerpo. “Nosotros llamamos con razon, y en la acepcion propia, Madre de Dios á la Santa Virgen, decía San Juan Damasco: no: pues así como el que nació de ella es verdaderamente Dios, así tambien la que engendró un Dios verdadero, encarnado en su seno, es verdaderamente Madre de “Dios.”—(Liebermann. *Inst. theol.*)

32. “El nombre de Aquel que habia de nacer de una Virgen, segun Isaias, era *Emmanuel*, que significa *Dios con nosotros*. 1 *¿De dónde á mi tanta dicha*, exclamaba Isabel, *que la Madre de mi Señor haya venido á mí?* 2 “Dios envió á su Hijo, formado de una muger,” decía San Pablo á los Gálatas. 3 He aquí algunos de los muchos pasajes de la Escritura Santa, que pudieran citarse en confirmacion de esta verdad; pero lo dicho basta para reconocer, que *la Santísima Virgen María es con toda verdad y en la extension de la palabra, MADRE DE DIOS.*

33. “Esta exposicion dogmática, que ha consagrado la Iglesia desde sus primeras edades, suministra los datos necesarios para reconocer y demostrar que Jesucristo, aun en cuanto hombre, es Hijo de Dios por naturaleza y no por adopcion. En efecto, la adopcion supone como esencial una idea, y es la carencia absoluta de un vínculo natural entre el adoptante y el adoptado, carencia que no existe en la Divinidad respecto de Jesucristo: pues el modo y forma de la Encarnacion del Verbo bien claramente descubren, en el fondo mismo del misterio, que la Divinidad tomó para sí la humanidad y se unió con ella hipostáticamente, para no formar sino una sola Persona. Ahora bien, esta Persona, que es Jesucristo, es el Verbo hecho carne; y si el Verbo es Hijo natural

1 Isaias. cap. VII, v. 14. Mat. cap. I.

2 Luc. cap. I, v. 43.

3 Ab. Gal. cap. IV, v. 4.

de Dios, lo es por tanto el Verbo hecho carne; porque, no pudiéndose admitir aquí dos personalidades, ni suprimirse de la Persona de Jesucristo su santa Humanidad, porque no hai mas que una persona y esta persona es Dios y Hombre verdadero, tampoco puede decirse que Jesucristo es Hijo natural de Dios como Verbo, ó Hijo adoptivo como hombre; pues para esto seria necesario suponer dos hijos, y por consiguiente dos personas, y en consecuencia destruir la union hipostática que une á la humanidad con la Divinidad en la Persona única del Verbo.

34. “Si en apoyo de este concepto quisiese añadir aquí el argumento de la Escritura Santa, seria necesario dar á esta prueba una extension extraordinaria; porque á cada paso se designa á Jesucristo con los nombres de verdadero Hijo de Dios, de Dios mismo, de propio Hijo de Dios, 1 de Hijo único de Dios, 2 y de todo cuanto conduce á reconocer que *Jesucristo, aun en cuanto Hombre, es Hijo natural de Dios, y no adoptivo*: quinta consecuencia de la union hipostática de la Divinidad con la humanidad en la Persona única del Verbo.” Síguese de aquí rectamente, amados hijos, que debemos reconocer á Jesucristo, aun en cuanto hombre, como Hijo natural de Dios, y no adoptivo.”

35. Siendo Jesucristo Hijo de Dios por naturaleza aun en cuanto hombre, siendo el Unigénito del Padre, se infiere desde luego, como una consecuencia precisa, que su santa Humanidad, unida hipostáticamente con el Verbo, debe recibir una misma adoracion con la Divinidad. La razon es clara, supuesta la union hipostática; pero oigamos la prueba que á este propósito da un teólogo de nuestros dias. “La naturaleza del hombre en Jesucristo debe ser adorada con el Verbo; porque esta misma naturaleza es propia del Verbo, y no una cosa extraña. Luego no es debido separarla cuando se trata de culto y adoracion, hallándose, como se halla, hipostática é inseparablemente unida al Verbo. “No adoramos á una criatura, dice San Atanasio en su epístola á Adelfio: no “lo permita Dios! sino al Señor de la criatura, al Verbo encarnado: pues aunque la carne, considerada en sí misma, sea una parte de las criaturas; ella sin embargo, ha venido “á ser aquí el Cuerpo de un Dios. ¿Quién seria bastante insensato, para decir al Señor: “*retíraos de vuestro cuerpo, separaos de él*, para que yo os adore?” 3 No, hijos míos, esto seria un arrojado temerario. ¿Jesucristo es Dios? Sí: Luego le corresponde la misma adoracion que á Dios es debida y llaman culto de *Latria*. ¿A quién tributamos la adoracion? A la persona de Jesucristo. ¿Esta persona es Dios y hombre verdadero? Sí: Luego la santa Humanidad de Jesucristo ha de ser venerada, honrada y adorada como la humanidad de un Dios: última consecuencia que se infiere de la union hipostática de la humanidad con la divinidad en la Persona única del Verbo.

III.

36. Tales son, amados hijos, las verdades que la fe nos enseña sobre este gran misterio y sus consecuencias dogmáticas fijadas por la Santa Iglesia católica. El Verbo

1 Rom. cap. VIII, v. 32.

2 Joann. cap. I, vv. 14 et 18.

3 Lo que va puesto entre comillas, sin una cita especial lo he tomado en extracto de mi *Exposicion de la Doctrina católica* sobre los dogmas de la Religion. Lib. VII, cap. IV y V.

de Dios, es decir, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo, que es Dios, y como Dios, infinito, omnipotente, eterno, se hizo hombre en las purísimas entrañas de María, en el acto mismo en que ella manifestó al Arcángel Gabriel su consentimiento, diciéndole: *Ve aquí la esclava del Señor; házase en mí según tu palabra*, no por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo, y en consecuencia sin que María dejase de ser Virgen. En virtud de este misterio, el Verbo divino, que antes era solo Dios, quedó ya hecho hombre sin dejar de ser Dios, y por lo mismo Jesucristo, que es el Verbo encarnado, es, como dice nuestro manual catecismo, *Dios y hombre verdadero*: Dios porque es el Unigénito del Padre, engendrado en su mente divina desde la eternidad, consustancial al Padre; hombre porque tomó la naturaleza humana en las entrañas purísimas de María. Pero aunque es perfecto Dios y perfecto hombre, no por esto hai dos seres, ó dos personas, sino una sola persona en Jesucristo. Y como el haber una sola persona no quita que haya dos naturalezas, conviene á saber: la divina y la humana. claro es que hai en Cristo dos entendimientos, uno divino y otro humano; dos voluntades, una divina y otra humana; dos operaciones, una divina y otra humana. Jesucristo en cuanto Dios es igual al Padre, y en cuanto hombre es menor que el Padre: en cuanto Dios no puede padecer ni morir; pero como padeció y murió sin dejar de ser Dios, puede decirse por comunicacion de idiomas que Dios padeció y murió. Esta comunicacion empero no se ha de extender á significar cosa alguna que oscurzca el misterio ni ménos que dé lugar á dudar de ninguna de sus verdades; así nunca se ha de decir que Jesucristo es solo hombre ni solo Dios, ni que sea pecable ó falible; pues lo primero destruiria el dogma de la Encarnacion, y lo segundo importaria un formal desconocimiento de la perfeccion esencialísima con que se halló en Jesucristo la naturaleza humana desde que el Verbo divino la tomó para sí, porque tal misterio se obró, no ciertamente porque la Divinidad se convirtiese en carne, sino porque asumió ó tomó para sí la humanidad; como lo explica el Símbolo de San Atanasio. Como en Cristo hai una sola persona y él es el Unigénito del Padre, y no se puede separar de él la naturaleza humana, claro se ve que Jesucristo, no solo en cuanto Dios, sino aun en cuanto hombre, es hijo natural de Dios, y no adoptivo.

37. En cuanto á la Santísima Virgen María, es una verdad de fe, como lo está indicando el mismo misterio, que fué Madre de Dios sin dejar de ser virgen, y en consecuencia, que es virgen antes del parto, en el parto y despues del parto: y que es verdadera Madre de Dios; pues Jesucristo, á quien concibió en sus purísimas entrañas, es verdadero Dios y hombre, y una sola Persona, de la cual no se puede separar la naturaleza humana.

38. Finalmente, hijos míos, la Encarnacion del Divino Verbo tuvo un objeto, y fué el poder satisfacer á Dios por la humanidad delincuente, padeciendo y muriendo por ella, supuesto que Dios, aunque pudo haberla perdonado simplemente sin sacrificio de ningún género, no lo quiso así, sino antes bien, determinó en sus altísimos consejos el que se le diese una satisfaccion cumplida, correspondiente á la ofensa, y por lo mismo de un infinito valor: y como tal satisfaccion no podia dársela Dios en cuanto Dios, porque es incapaz de padecer y morir, ni el hombre tampoco, fué necesario que Dios se hi-

ciese hombre, á fin de poder padecer en cuanto hombre y merecer como Dios. Por esto nuestro catecismo, preguntando: *¿Para que se hizo Dios hombre?* responde: *Para poder morir por los hombres, y librarles del pecado y enseñarles con su vida y ejemplo el camino del cielo.*

39. ¡Qué beneficio tan inmenso, hijos míos! ¡qué dignacion tan sublime! ¡qué amor para con el hombre! ¡Cuán grande fué ya la naturaleza humana desde que Dios la tomó para sí, revistiéndose de ella para cumplir los designios de salvacion concebidos en favor de los hombres! Desde entónces la humanidad recibió una trasformacion completa, fué universal y completamente regenerada. El entendimiento adquirió la nueva luz que vino á difundir en la tierra aquel que se mostró como la luz del mundo, añadiendo: *El que me sigue no anda en las tinieblas*. La voluntad, llena de la gracia de Cristo, adquirió una especie de omnipotencia moral; pues contando con la fuerza infinita del Hombre Dios, todo lo pudo ya para el bien, como de sí lo predicaba San Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat*: el hombre todo volvió á la vida; pues que la Encarnacion reanudó los vínculos que habia roto el pecado, y la Cruz destruyó la muerte con el sublime poder del que murió en ella, que es la vida misma.

40. Meditad pues, hijos míos, constantemente un misterio de tanta sabiduría, de tanto poder, de tanto amor; un misterio que tenia pendientes las esperanzas de los patriarcas y siempre viva la inspiracion de los profetas; un misterio todo de gloria para Dios, todo de paz y ventura para el hombre, como cantaban los ángeles en el establo de Belen; un misterio de luz que disipa todas las tinieblas; de fuerza, que afirma nuestros pasos en los caminos de la vida mortal á la eterna, y sostiene constantemente nuestra esperanza; de caridad infinita que liga dulce y estrechamente nuestro corazon con los vínculos de la gratitud. Sea este, hijos míos, vuelvo á deciroslo, el objeto mas constante de vuestras meditaciones y de vuestros sentimientos: mostraos dignos de un favor tan elevado, correspondiendo con vuestras obras á este designio de santidad y ventura, y estad ciertos que de esta suerte vuestro camino por tierra durante la vida mortal no será sino una gloriosa jornada para la patria celestial y la vida eterna.

